

## *Presentados al Tercer Congreso*

### **Misión de América, en cuanto al Porvenir de la Libertad en el Mundo**

**L**A catástrofe que nuevamente está sacudiendo el mundo ofrece, particularmente para quienes residimos en este hemisferio, motivo singular de preocupación y causa suficiente que por imperio de razonamiento debemos ver con los ojos del alma. En efecto, las consecuencias materiales que este fenómeno cíclico encierra y que envuelve a las tres cuartas partes de la humanidad, es de proporciones tales, y caracteres tan trágicos revisten, que señalan el declive de un estado de civilización en derrota. Estos antecedentes inducen a una reflexión seria en cuanto atañe a las perspectivas del futuro, único haber con que cuenta la humanidad.

#### *La guerra y el hombre*

Los factores morales que resultan de la contienda son todavía más pavorosos, ya que suponen la bancarrota de principios y sistemas considerados, hasta hace apenas unos años, como inalienables e incontrovertibles. Sin embargo, trastornaron el andamiaje de nuestra convivencia en grado tal, que encarnaron la derrota de las creencias, de los órdenes de pensar y el desenvolvimiento de la vida de relación; abren una pausa en el ritmo de nuestro mundo y senso moral y tornan franqueable una ruta nueva en las funciones del espíritu. Destrozan ídolos, abaten héroes y dioses; rompen la armonía en cuyo torno giraba nuestra sociedad civilizada y, de pronto, nos

plantan a las puertas de un futuro insospechado, en plan de ataque, con grandes posibilidades de humanización, fenómeno que la humanidad no experimentaba desde hacía varios siglos.

Así considerados, los factores que intervienen en esta catástrofe geológica sólo sacrificios tremendos supondrán para las generaciones futuras, si un aliento de liberación no las conjurara a la lucha por la existencia. No existiría una razón, siquiera medianamente verdadera, que compensara tamaño esfuerzo y derroche de energías tantas. Penosamente hemos salido del atolladero en que los últimos veinte años nos envolvían, con tamañas redes. Y hemos podido presentar el cuerpo del delito ante el juzgado de la historia; descubrir a los traidores que, agazapados sus instintos bestiales, mostraron su careta de enemigos de la humanidad, relapsos de nuestro pasado nebuloso. Los campos han quedado deslindados. ¡Con nosotros o contra nosotros! esto es, por la libertad o por la esclavitud.

Acostumbrado un gran sector humano a la vida fácil y el disfrute de los bienes terrenales que nuestra vida en sociedad le otorgaba, des-envolvía sus ocios en la molicie, totalmente despreocupado por los graves problemas que agitaban al mundo encadenado. Este marasmo o estado soporífero, que achataba el más leve discurrimento, degeneró al fin en hipertrofia senil, y fueron el retumbar de los cañones, las explosiones de las bombas de mil kilos, los que le han arrancado de su guarida o le hicieron comprender la realidad de su existencia. Y este sacudimiento les obligó a enseñar los dientes, sacando a relucir el cuchillo que tenían escondido y presentarse a la faz humana con todas sus taras y aberraciones, con sus virtudes y sentimientos, con sus pasiones desenfrenadas o el espíritu de grandeza que un alma noble entraña.

### *Agonía de una civilización*

Pero este trastorno en modo alguno corrige, sino que agrava vicios. Tampoco elimina defectos, de suyo graves, pues que emanan de generaciones olvidadas. Por el contrario, socava la entraña de nuestra generación que muere. La guerra y la muerte tienen en todas las lenguas un solo significado, poco poético ciertamente. Tampoco se sobrepone al fracaso pasmoso del hombre como ente moral, ni le vuelve a la razón. No cambian su caparazón física ni transfor-

man su capacidad psíquica. Continúa siendo el misterio en el caos, la nebulosa perdida, el meteoro desplazado de su órbita que rumbea errabundo a través de los espacios, en su propio encuentro. El hombre, materia permeable que adquiere las formas más variadas y caprichosas contorsiones obedeciendo a un principio de estabilidad sobre la tierra, aun frente al dilema en que se encuentra en estos instantes, abatido, aplastado, gastado cuando termina de nacer, cual si en sus miserables espaldas descansara el eje central del mundo, desgraciadamente no por ello se convierte por voluntad propia en amigo de sí mismo. Por el contrario, se destroza en una lucha terrible en que perece, no sólo el cuerpo, sino también el alma. Y esta determinación ciega y horrorosa, que supone el aniquilamiento mecánico de millones de seres humanos, derretidos en espasmos de belicosidad falsamente disimulados tras la bandera que se escude, despierta el instinto del salvajismo; la tierra riega con sangre y el aire siembra con lamentos que escucharemos; ¿quién sabe durante cuántas generaciones! y entrañan el grave peligro que debe preocupar a todos los hombres del continente aún dueños de sus facultades.

Nuestra generación cuenta en su haber con las consecuencias de dos guerras tremendísimas, las más grandes en intensidad de lucha y exterminio científico y derroche de elementos y energías humanas que conoce la historia del hombre sobre la tierra. Ninguna otra de las guerras anteriores es siquiera medianamente comparable a la que estamos viviendo. De ahí que resulte imposible ordenar el pensamiento, alejándolo de la tierra, y trasportarse a las esferas. De todas partes del mundo escuchamos sus quejidos, sus llantos, sus gritos de horror y espanto. ¡Es que la tragedia invade totalmente el sistema de nuestra sensibilidad y, forzosamente, inclinamos nuestra mirada a este paisaje de sombras y luto que cubre el globo terráqueo!

Cicatrizadas las heridas de la guerra anterior, comenzábamos a enderezar nuestras vértebras y dirigir nuestra frente hacia la claridad solar cuando, de lejos, escuchamos de nuevo el tronar de los cañones. De ahí que hayamos vivido en guerra permanente, y a ella habituados, es humanamente comprensible que nos tornemos hasta insensibles. Nuestras cuerdas ya no vibran. En vano enronquecieron nuestras gargantas. Nuestras voces cayeron en el desierto. ¡Más fuerte que la razón, más cruel y fría que el verbo, la guerra, que entraña la muerte en todas sus formas y manifestaciones, se hizo presente!

Después del armisticio apareció en escena una expresión nueva de la guerra, si aparentemente con espíritu antibelicoso más disimulado, de resultados funestos. Una literatura libidinosa apoderóse de nuestra moral y en ninguna otra época de la vida del hombre en tan poco tiempo aparecieron mayor número de publicaciones condenando la guerra. El soldado recibió aquella argamasa, ávido de distracción, dirigida a su paladar. ¡Un vaso de agua para el sediento! Simultáneamente surgieron cual hongos por todo el suelo europeo dictadores de teatro agitando campanillas, y el alma libre, que pugnaba por rasgar el velo y presentar al mundo la verdad, fué encerrada en prisiones. Se clausuraron todas las puertas de acceso al mundo de la verdad; pusiéronse obstáculos y vallas infranqueables en todos los pasos; el hombre fué cargado de cadenas y arrojado de todas las babilonias de nuestra civilización de acero. La guerra no estaba muerta, sino que revivía en el espíritu de aquellos miserables que saciaron sus bajos instintos destrozando la entraña de que habían salido. ¡Europa y América sólo habían amortajado la sombra de la guerra! La verborragia pacifista descargada desde entonces sobre el éter y diseminada a través de todos los confines, revivía los momentos más tristes de nuestra existencia. Y, más positiva que los discursos de los políticos de aquellas lamentables jornadas, la guerra ¡quién lo diría! ocupaba el lugar número uno en los congresos de la paz.

América, que había soportado solamente en pequeña escala las consecuencias de la guerra anterior, unióse al coro de maestros cantores, dejándose llevar mecida en brazos de los acontecimientos. Y, como no podría ser de otro modo, finalmente ocurrió lo imaginable: la lucha abierta. Pero lo cierto es que ninguno de los políticos que actuaron en el escenario de la vida internacional durante los últimos veinte años tristes conocidos desde que experimentamos tristeza, se declaró abiertamente en favor de la guerra: tampoco nada hicieron para evitarla. En discursos como nunca jamás se oirán, mediante juramentos y declaraciones múltiples, unguadas y bendecidas, cada uno de los personajes era un amante de la paz. Hasta la aberración paquidérmica, cuyo nombre no puede pronunciarse sin asco, condenó la guerra con los más soeces calificativos. Y es que la guerra entraña la derrota del hombre, la quiebra de su personalidad. Y solamente el hombre, volviendo sobre sus propios pasos, puede reencarnarse en su propia función humana, reincorporarse a la milicia para

que fuera destinado en esta tierra desventurada: la lucha por la vida en paz con sus semejantes, en la libertad y por la libertad. Y esta es la misión que compete al hombre de nuestro hemisferio.

### *Misión liberadora de América*

La vida espiritual de América arranca de los ideales de la Revolución Francesa. Este es su principio y su asiento. Proscrito el sentimiento de libertad, divisa a cuyo ímpetu conquistó vida propia de naciones incorporadas a la armonía de todos los pueblos del mundo, América carece de significación y sitúase al par de otros continentes sin contacto civilizador. El carácter que le distingue de todos los demás conglomerados humanos, es precisamente el ideal de libertad que anima a sus pueblos, de que son testimonio auténtico todos los personajes que —llevados por el lirismo creador— recorrieron pampas y desiertos de un extremo a otro de las tierras de América. Su bandera era la estrella de la libertad que brillaba en su frente, término si entonces relativo, que hoy tiene para todos los habitantes del mundo un himno oculto anidado en sus corazones.

Sus trofeos tampoco suponen un sinónimo de venganza. Sus derrotas no entrañan la revancha. Todos aquellos que el suelo fecundaron con su sangre, cayeron alegres, convencidos de haber cumplido con un deber. ¡Raza de luchadores valerosos! Sin discutir ni poner en tela de juicio si la independencia les otorgaría otros bienes que los morales, arrastrados por el fuego del ideal, lanzáronse a la pelea, y con este signo han vencido. Lo que ha ocurrido después, postes y alambradas hasta a la luz y al aire, es obra de comerciantes de tercera categoría, traficantes de sepulcros. Aquello es lo auténtico, lo real. América tiene por cimiento la grandeza lírica de sus héroes que supieron domeñar la tierra y domar la naturaleza, utilizándola para servicio de los hombres. Y esto ha sido posible solamente porque sus habitantes no eran esclavos. Así fué como América encontró base con suficiente solidez para encauzar sus destinos futuros.

América no otorga títulos nobiliarios. Su grandeza la constituyen los músculos y manos callosas de cada uno de sus habitantes. Entrañan los principios de libertad forjados en el esfuerzo del trabajo creador con su propia convivencia. La libertad es para América una condición de vida o muerte. Todo lo demás es falso como los

vicios importados, que no heredados, pues que el continente apenas si cuenta con abuelos en su haber, por cierto dignos de su estirpe. Los defectos que pueden haber encontrado campo propicio para su cultivo en tierras vírgenes, son creaciones de la civilización occidental que hizo del saber cuna y sepulcro.

Continente formado por agentes de aluvión que huían del viejo mundo, burlando persecuciones, a veces sus espaldas surcadas de cardenales donde el látigo del sicario descargó su furia de bestia a las órdenes del despotismo; ya en procura de fortuna, cuando no con la humilde y siempre noble aspiración de levantar al cielo su choza y poder disfrutar de los beneficios de una vida sin quebrantos, deseo muy humano de nuestra especie, arraigado desde tiempos preteritos; cansado de luchar con factores y fenómenos adversos, por obra de discernimiento pudo comprender que sólo en libertad le sería posible la existencia.

A tenor de este pensamiento, formado carne en las generaciones que le sucedieron, bajo esta idea hizo confundir su vida con la naturaleza. Las desviaciones experimentadas en sentido inverso pertenecen a civilizaciones anteriores cimentadas sobre cráneos de esclavos.

### *Responsabilidad de América en la guerra presente*

No obstante el acentuado carácter liberal de estos pueblos, los elementos morales de importación, identificados en tiempos de hartura con la vida ciudadana, trastornan los principios básicos de su existencia. Al tomar parte en el concierto de las luchas intestinas de las naciones de occidente y entregarse a su misma vida de soberbia y suplicio para con el desposeído, faltó a su cometido fundamental. América degeneró así en una puja de rivalidades entre sus diversos pueblos, con voracidad de apetitos insatisfechos, haciendo honor al humo de los sacrificios de las naciones europeas y tomando parte en las carniceras fiestas de su civilización. De este modo, hoy, cuando las máquinas han acortado las distancias y abrieron nuevas rutas en el cielo azul, achicando la redondez de la tierra, difícilmente podría quedar margen, entre las dos civilizaciones, para establecer paralelos distintos entre los caracteres europeo y americano. Por el contrario, todo parece indicar que, salvo pequeñas diferencias de orden secundario, sin peso científico en la vida de relación de los

pueblos, ambas características se han confundido. La civilización occidental con sus vicios y lacras, con sus rugidos lacerantes de bestia entre barrotes y gritos de angustia ante el dolor de su propio suicidio, ha invertido el curso del progreso.

En este orden de ideas, posiblemente todos los pueblos del mundo hayan sido invadidos por las explosiones de la cultura europea, pero lo seguro es que América desde su mismo derecho de gentes hasta la propia configuración política, ha seguido textualmente los avances del sistema que allí se imponía, modificándolos, ya en uno u otro sentido, conforme y a tenor del modo en que Europa lo hacía. El régimen de la propiedad, la justicia y los procedimientos políticos, son absolutamente los mismos; la cultura propiamente dicha, con excepción de algunos casos, que es copia fiel de la europea, es lo único que se caracteriza. Y eso, no porque forme un concepto generalizado fundido en la misma entraña popular, sino por independencia de grupos determinados que han sentido la necesidad de modificar, a tono con un estado de ánimo humanista, los rasgos imperantes que predominaban en este continente como fruto de importación.

América no ha tratado de huir a este contacto. No ha pretendido encerrarse en sí misma y crear su propia espiritualidad con elementos propios. Que esto resultaría imposible, por cuanto los pueblos deben mantener un contacto estrecho, conocerse y estudiarse, perfectamente de acuerdo. Mas lo triste es que todo lo aprendido es lo peor de aquella civilización y de aquella cultura, de la que sus mismos hombres abjurán. América ha escapado al riesgo que suponía enfrentarse con el destino para la búsqueda de su propio destino. Desechó sus ideales de paz y libertad para seguir la corriente europea y refocilarse en la sangre que a torrentes mana de todos aquellos pueblos hermanos. Olvidándose que también ella suponía fuente creadora en el concierto humano, que contaba con elementos necesarios como para imprimir a un sector del mundo ciertos caracteres, prefirió poner torniquete en los labios de los descontentos y reducir a prisión a los desafortunados. ¡Procedimientos que la historia humana conoce desde tiempos matusalénicos y que la misma historia reconoce como inútiles!

Prefirió presenciar, desde las gradas del circo, a donde no llegarían las salpicaduras de sangre de los gladiadores, el horror de

aquellos sacrificios. Disfrutó a sus anchas del espectáculo; construyó catacumbas y lanzó sus hijos a las fieras, exactamente como en los tiempos de Roma. De ahí, con tales conocimientos adquiridos, dió nacimiento a las dinastías terratenientes e industriales, sentando definitivamente el principio social que la rige. Se dejó arrastrar envuelta por el torbellino de los acontecimientos y terminó siendo absorbida por el satélite, al que virtualmente se halla fundida, en los órdenes social, religioso, político y económico.

Es por eso mismo por lo que no es posible excluirla de la responsabilidad que le cabe también en esta derrota del hombre. No ha dispuesto de la serenidad suficiente para medir sus actos. La vida para América termina, en el concepto de sus hombres representativos, con la vida de esos elementos. Y este criterio se ha trocado en una mentalidad que el gobernante adquiere y dígiera a su paladar. Exactamente, el mismo fenómeno de ambiciones dominantes en el aciago presente europeo; lucha de rivalidades y monstruosidades; de francachelas de sangre y lamentos en que toma parte la canalla, lo más soez y denigrante de nuestra avergonzada especie, en detrimento de los pueblos avasallados a quienes se sojuzga y mueve a puntapiés, si no con el benigno látigo de la esclavitud antigua, a punta de ametralladora, instrumento representativo de la civilización moderna.

Y América tampoco se ha opuesto al exterminio de naciones enteras, pues desde hace más de un lustro palidece la claridad solar. Se entregó a la francachela libidinosa del hombre europeo, seducido por la ambición de autoridad y sojuzgamiento de sus semejantes. Los principios son idénticos; la base de nuestra vida organizada se confunde. Apenas un pequeño trecho de mar océano, sobre el cual algún día ha de tenderse un puente de acero a manera de cordón umbilical entre uno y otro continente, de suerte que hasta el mismo nombre de América estará de más en la historia.

El interés material, el apetito de los hombres primó sobre lo abstracto, lo moral; el tiempo otorgó a la bestia valor de superioridad con relación al hombre, elemento sin cotización en el mercado de esclavos de la edad moderna. El hombre no tiene precio porque se vende voluntariamente y el traficante negrero que lo compra ni siquiera tiene la responsabilidad de arrojarle las migajas que caen de su banquete, porque, con el bendito permiso de su amo le es suficiente con husmear en los residuos, hociqueando entre los desperdi-



cios. Tales las fiestas de la civilización occidental, cuyas maravillas arroban nuestros tiempos de felicidad en que hasta la guerra es motivo de arte y diversión para un gran sector de bienaventurados, unidos por la gracia divina, con óleos y polvos de todas las religiones.

Y América, sin emitir voz ni voto, dejóse ir a remanso de la brisa marina, sin tomar una determinación siquiera de protesta, porque ello entrañaba un movimiento espiritual; suponía identificarse con su pueblo ávido de porvenir, encauzando una remoción de valores morales y sociales, de que una juventud pletórica de vida y esperanza está presta a reventar. ¡La libertad entraña un peligro para nuestra civilización, porque trastorna su propia fisonomía y le imprime los caracteres de revolución en permanencia!

### *El miedo a la libertad*

El miedo a la libertad desembocó en este caos en que medio mundo se derrite. El abuso del autoritarismo terminó por degenerar en este volcán que nos devora, defecto sí debido al hombre, que sólo el hombre puede solucionar. Pero, ¡basta ya de sangre! que ha manchado hasta las páginas de la historia más moderna. ¡Basta de sacrificios inútiles! El cielo y la tierra son nuestro mundo del futuro. Esta solución tiene el hombre que hallarla, si de esta prueba de fuego y de llantos queda en pie siquiera una célula perdida para recomenzar la historia por camino cierto.

Para ello será necesario levantar los cimientos de una cultura nueva con gran dosis de humanidad, que destierre para siempre el menor amago belicoso en los hombres, que no tenga miedo a vivir entre los seres humanos, considerándolos fieras con garras escondidas y no sabe cuándo le irá a atacar; que luche decididamente, en todo tiempo y dondequiera se encuentre, por su libertad individual, sin menoscabar la libertad ajena, que sea responsable de sus hechos ante sus semejantes y no se avergüence de confesar a todos los vientos sus propios errores; que tenga conciencia de su condición de planta que en la tierra desempeña una función.

Es éste un imperativo de corazones desgarrados, trofeo sangriento de nuestra civilización pavorosa y horrorizada. Para perder este miedo en cada hombre y tornarlo elemento útil al servicio

de la humanidad será preciso remodelar quizás nuestros sentimientos más íntimos. Tendremos que sugestionarnos hasta con las armonías de la naturaleza y verla con ojos distintos a los de la realidad viviente. El hombre actual ha sucumbido frente al principio instintivo de autoridad ejercido para los más humildes menesteres. El aplastamiento dictatorial instaurado por los hombres en turno y función de gobierno, sembró el suelo que pisamos de desconfianza, al extremo que en cada molécula de tierra o aire se ve un gendarme armado o un espía que trata de hurgar en sus sentimientos más íntimos y amenaza con meterle en prisiones. ¡Nuestra era puede simbolizarse en el imperio de la delación!

Sea cual fuere el resultado final de la lucha entablada, lo cierto es que tenemos ante nosotros una labor que realizar tal vez superior a la guerra misma. Aun cuando el destino nos ofrezca algunas posibilidades de desenvolvimiento en el futuro, no encerrándonos en campos de concentración y permitiéndonos exponer siquiera al viento nuestros sentimientos, el bestialismo triunfará de la lucha en sí. Cambiaremos de nombre, mas no de procedimientos. Tanto unos como otros, son sepultureros. Esta labor exigirá sacrificios cruentísimos de energías humanas. Pero el hombre tendrá que afrontar esa situación si pretende hacer suyo el lugar que para él hay reservado en la tierra. Debe conquistar ese palmo de espacio y no renunciar a un beneficio que la vida misma le dió, sin permiso suyo es cierto, pero no en afán de martirizarlo, sino para beneficio y embellecimiento de su misma existencia. Si así no lo prefiere, entonces en buena hora desaparezca para siempre, dejando que las generaciones venideras traten de crearse un hogar donde él no pretendió construir siquiera una humilde choza. Donde puedan abrirse paso seguro en pos de una civilización nueva, compuesta de seres que se avergüencen de su antecedencia irracional, esforzándose por adquirir ciudadanía en el mundo, por obra de razón, bajo los más puros predicados de humanidad.

Para tamaña labor se requerirá el concurso de todos los hombres que se identifiquen con los principios de liberación. Nos encontramos, cual perdidos, al final de un período histórico, tal vez el más interesante desde la aparición del ser humano sobre la tierra. Y si hasta hoy este pequeño ciclo de humanidad que nos precede acusa un saldo poco edificante en el orden del entendimiento

entre los pueblos, nosotros, hombres jóvenes representantes de una generación atormentada, contamos felizmente con un gran caudal de voluntad y energías como para emprender la tarea de rehacer nuestra propia historia.

*América en busca de sí misma*

Todo lo que iba adquiriendo valor de permanencia, cosas, hombres e ideas, se ha desmoronado. América, que ha surgido a la faz del mundo gracias al esfuerzo de voluntades reunidas en el trabajo y que a su merced arrancó del fondo del tiempo con una luz promisoriosa, está luchando por encontrarse a sí misma. Ajenos sus representantes de las alturas al dolor que emana de la calle, divorciados de la grandeza espiritual que entraña su juventud, cuyas entrañas han sido desgarradas por el desplazamiento del alud y le redujo al silencio de los abismos, piensa, lucha y trabaja por adquirir, frente a todos los pensadores del mundo, el puesto que en verdad merece ocupar. Esta América que sueña y se coloca al paso del futuro, ofrece para el porvenir la salvación de lo eterno en el continente, de lo que no muere jamás. La otra América virtualmente ya no existe.

Grupo de naciones formadas al calor de ideales que a través del tiempo en sus estandartes llevaron grabados los principios de fraternidad entre los hombres, encuentra en estos fieles representantes campo propicio y surco abierto para el fundamento de la nueva moral. Y siempre propicia a la condolencia del dolor ajeno, hoy no es extraña a este derramamiento de sangre que en propias carnes soporta. Antes bien, el mundo entero es testigo de que también nuestros corazones palpitan con tanto calor como el de aquellos que, encuéntrense en cualquier parte de la tierra, experimentan tan caros ideales. Por ello está tomando contacto con la gran conmoción que se avecina, a través de esta vía ensangrentada. América, a través de sus hombres, de sus escritores y artistas, de sus técnicos y de sus obreros, adquiere carácter de perennidad.

Reconocen que, frente al panorama pavoroso que nos envuelve sólo cabe la esperanza de la resurrección del espíritu. El hombre europeo, hermano en el dolor y sufrimientos, camarada en afanes e ideales comunes que nos estimulaban en la paz, ha sufrido en su

sensibilidad un golpe de muerte. Aherrojado de todas, sometido a privaciones innumerables, impedido de cualquier movimiento y azotado por la horda de sicarios que están faenando diariamente a todos los pueblos del viejo mundo, ha sufrido un resquebrajamiento espiritual. Todas sus fibras se conmueven, sus odios se acumulan y no hay duda que algún día se desprenderá de carga tan ingrata. Y nosotros, hermanos en su dolor, no seremos quienes hemos de frenar sus ímpetus.

No obstante, les hacemos saber que, combatientes de la paz, estamos a su lado; que nuestra mano y nuestra alma le ayudarán a que sus heridas cicatricen más pronto. América, por su juventud impetuosa, rebosante de sano lirismo, está dispuesta a salir en ayuda de aquellos hombres que en la paz han derramado sobre nuestra conciencia las enseñanzas recogidas de su cultura milenaria; que lograron incrustarse en la entraña de nuestras cosas para volcar a raudales los principios de liberación que asisten a estos pueblos. América, en estos momentos, tiene una misión que cumplir: la del pensamiento que nos identifica, el derecho que nos regula, la moral de profundo sentimiento humanitario que forma nuestra doctrina; un arte sin ritos sangrientos ni decapitaciones o asesinatos, que remoce el humanismo, suponen un estado de espiritualidad competente como para enseñar al mundo que un continente que adquirió lugar en la tierra merced al esfuerzo de sus músculos, está en camino del porvenir, pues que son valores harto suficientes como para tomar parte activa en el curso de la nueva civilización. Y hoy más que nunca, cuando el mundo comprende que un pueblo sin libertad es pueblo muerto, la juventud de la Nueva América despliega al viento su estandarte y hace suyos los principios básicos que dieron vida a sus respectivas naciones. Milicia de paz, a tono con el progreso humano, aspira a servir al hombre. Identificada con estos ideales, afronta valerosa las sorpresas del porvenir, con sus consecuencias y riesgos, pues entiende que el hombre de hoy encuéntrase en la cúspide de la historia. ¡El ascenso fué duro y fatigoso, el descenso es vertical y no cabe otro recurso que optar por la libertad o la esclavitud!

Quando la cultura europea, luego de intentar por diversos medios hacer del hombre el centro de la tierra, tuvo que hacer un compás de espera mientras los componentes de sus distintas nacionalidades se hacen una guerra tremenda que no pudo evitar, la juventud

americana recoge la bandera que el pensamiento europeo abandonó para empuñar el fusil. Mantiene en alto este trofeo con la firmeza y seguridad de una raza que tiene como antecedente legendario, aprisionada en sus venas, sangre de héroes y mártires, y ratifica a la humanidad entera su confianza en el futuro. Es una promesa para todos aquellos hermanos nuestros que, hablando o no nuestra lengua, nos han ayudado y favorecido con sus conocimientos literarios, científicos y artísticos e infundiéronnos fe en el rescate de la libertad. Hoy, América recibe de sus almas estas lecciones que aprecia y recoge con cariño y siente como propio este patrimonio moral de que es depositaria.

Quiera el buen hado que una cultura humana, que equivale a decir LIBRE en el más amplio sentido de la palabra, guíe nuestros pasos e inspire idéntico sentimiento de comunión a todos nuestros hermanos de la tierra.

CAMPIO CARPIO,  
*Buenos Aires.*

